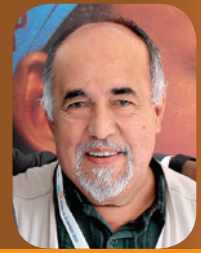


## «Lucharé mientras tenga vida»



P. Jorge GARCÍA C.,  
mccj - Director

**E**n la primera página de la exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*, el papa Francisco escribe: «Cuando la vida interior se clausura en sus propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres. Ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida» (2).

Movidos por estas palabras del Papa, quienes trabajamos en la confección, edición y publicación de esta revista, cada mes intentamos dar una amplia cobertura a las cosas bellas que acontecen en el ámbito misionero sin descuidar tampoco la realidad brutal e inhumana en que viven numerosos hermanos nuestros en tantas regiones del mundo.

Por esta razón, en este número nos ocupamos de un asunto que (así lo consideramos) está en abierta oposición a los planes de vida de Dios. Me refiero al drama de los desaparecidos.

Sólo en México en los últimos años son ya más de 30 mil y su historia se suma a las decenas de miles de muertos víctimas de una violencia irrefrenable. Por lo que se refiere a los desaparecidos, las pocas voces a las que hemos tenido acceso, siempre a través de personas y organismos confiables, dan cuenta de una realidad dolorosa y difícil de revertir. Hablando con esas personas o leyendo sus testimonio, hemos visto que la mayoría de madres, padres,



esposas y familiares en general preferirían la verdad cruda y desnuda. Preferirían saber si sus seres queridos están ya muertos para visitar el lugar que les sirvió de tumba (aunque se trate de una fosa común), llevarles flores, preparar un altarcito en el hogar donde rezarles y llorar por ellos. Es que llorar la muerte de un ser querido es también un derecho sacrosanto.

Admiramos el valor y la determinación con el que tantos familiares o amigos de los desaparecidos buscan y luchan contra tantos obstáculos. Se organizan, rezan, se manifiestan sin miedo a nada y a nadie. Lo hacen siendo conscientes de tener en su contra la indiferencia de las mayorías, la ineficiencia de gran parte de las autoridades, la impunidad, el silencio cómplice de muchos medios de información, la mofa de cuantos dicen irresponsablemente: «¿En qué andarían metidos?».

Mayo es un mes pascual y debemos vivirlo entonces en clave de resurrección. El último domingo, además, está dedicado a la Ascensión del Señor, solemnidad que nos recuerda que toda realidad humana y cósmica tiene su destino final en el triunfo definitivo de la vida.

A María, la madre de Jesús y a quien la Iglesia recuerda y celebra durante este mes, le pedimos por las personas que lloran la ausencia de un ser querido y con Francisco le decimos: «Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio que vence a la muerte». 🔔